

chorros; que los entierren. El patrono se arruina; que se pegue un tiro. Nada de misericordias ni de indignaciones. O somos correctos con todos ó con ninguno.

Porque, erigidos en árbitros de las elegancias, no vayamos á declarar cursi tener humanidad y exquisito aplicar la retórica donde nos duele; á pedir para los infortunios ajenos la impecable frialdad del nuevo teatro, y á emplear para los nuestros los latiguillos. Puesto que abominamos de lamentaciones y de desplantes, conservemos igual parsimonia y tiesura para cuando llegue el final de la obra.

Reclutas

Tres padres han acudido al sorteo. Uno ha salido de él contrariado; otro, triste; el tercero, abatido. Para el primero, representa el reemplazo la renta de un día; para el segundo, la privación y el trabajo de un año; para el tercero, la quinta implica la miseria segura, el dolor y la angustia irremediable para toda la vida.

Redimir al hijo del potentado es, sin duda, una contrariedad. Posible es, no obstante, que en el balance anual, las mil y quinientas pesetas de la redención sean cuatro insignificantes guarismos comparados con las cifras enormes dedicadas al *bridge*, el *ecarté* y el *treinta y cuarenta*.—¡Cuánto dinero cuestan estos muchachos!—dirá el padre repasando la suma; y en seguida pedirá al contador trescientas mil pesetas para un maravilloso Panhard Levasseur, nuevo modelo patentado, 40 HP.

Para el empleado ó profesional de fortuna modesta, la redención implica un desnivel terrible en el misero presupuesto. Será menester buscar un trabajo penoso extraordinario; tal vez habrá que copiar á las altas horas de la noche millares de fajas, como aquellas que eran la pesadumbre del *piccolo scrivano fiorentino*. En todo caso, la hermana mayor ha propuesto que se venda el piano. ¡El piano, que es su único consuelo en las horas solitarias é interminables! La madre se arreglará con la ropa usada, el padre dejará de fumar sus cigarrillos de delgadez inverosímil, y si fuera absolutamente preciso, se acudirá á don Bartolomé, ¡qué diantre! quien hará á su tiempo la consabida redención.

El tercer padre es un campesino. Es absolutamente imposible librar al hijo; afortunadamente no hay guerra. Pero el hijo hace falta en casa; su ausencia supone la miseria total é irremediable. ¿Qué importa que vuelva al cabo de dos años? Cuando vuelva tendrá que visitar á los viejos allá arriba, detrás de la ermita, debajo de los manzanos en flor... Allí, si, como Hamlet imaginaba, dormir es soñar, soñarán con el hijo ausente, en sueño místico.

Uno sólo de los tres mozos será soldado y hará el ejercicio según la nueva táctica: «¡Uno, dos, tres! ¡De frente! ¡El fusil sobre el hombro izquierdo!» Y el recluta, erguido, se enjugará con la manga los párpados, pensando en la tierra en barbecho, en la choza sin puerta, en el hogar sin lumbre, merced á una ley inflexible y sabia, que es igual para todos los hombres... que no pueden serlo jamás.

Profesión... elegante

El reclamo, como la moda, tiene sus dioses y sus víctimas; pero á veces los dioses lloran y las víctimas crean. Si queréis convencerlos de ello, tomad una revista en las manos y deteneos en la última página.

Después de admirar la llamada crónica gráfica de los sucesos más recientes y las más ó menos estultas fisonomías de las celebridades en boga, hallaréis el retrato de una mujer. Es siempre alta y de porte altivo y señorial; tiene quince años—la edad de Julieta—, ó á lo sumo, veinte—la de Desdémona—. Muéstrase invariablemente cubierta de sedas, terciopelos ó blondas; á las veces encuadran su busto collares espléndidos, arracadas magnificas é inmaculadas pieles; su cabeza se toca con sombreros maravillosos, diamantes golcóneos y plumas de cisne ó de marabú.

Y es fría, hierática; á sus labios asoma el rictus del despecho ó la mueca heladora del desdén. Sabe que es sólo un figurín, y que su rostro, su expresión, su mirada, nada significan en la exhibición de sus joyas ó su indumentaria. Una vez obtenido el cliché, se despojará de sus fugaces magnificencias y volverá á ser la obrera miserable y oscura, á cuyo paso no se dignará volver la cabeza ninguno de los suscriptores de la revista, y aun menos ninguna de las abonadas al *Magazine*.

Alcibiades, precursor del reclamo, hubo de cortar á su perro la cola para llamar la atención de las gentes; la moda hace más: arranca su personalidad á los seres humanos; el hombre-farol, la

mujer-sándwich y la obrera-percha ó maniquí, son de ello irrecusables testigos. De ellos la menos infeliz es, sin duda, la gran señora del anuncio, que, durante unos cuantos minutos, puede sentir la embriaguez suprema de la opulencia y la majestad.

Pero un día la obrera infeliz será vieja; vieja como esa pobre ochentona del Petit Parc de Vincennes, que desfallecida, hambrienta, moribunda en su antro miserable, rodeada de perros famélicos, mal cubierta de trapos hediondos y recogida por la policía, aun ha tenido un resto de orgullo para decir á los pilletes que la acuciaban que había sido «la amiga del emperador». La mujer figurín no tendrá la suerte de Julia Mouton; no ha sido la amiga de nadie, ni aun siquiera mujer; ha sido sencillamente un equipo.

Y al ver sus retratos, los jóvenes de las generaciones futuras no dirán, como nosotros ante la imagen de la *Gioconda*: «¡Oh, sabia mujer, de sonrisa enigmática!», ó como decimos ante el rostro de la compañera de Sanzio: «¡Divina aparición, llena eres de poesía!», sino que dirán sencillamente, entre una sonrisa y un bostezo: «¡Qué trajes tan ridículos usaban nuestras respetables abuelas!»

El teatro de los niños

Benavente ha ideado un teatro de los niños, subrayado sin duda para las niñeras y los ayos sin graduación; pero el mejor teatro de los niños—lo han dicho ya otros Benaventes—es, sin duda ninguna, el campo. Es dudoso que los pequeñuelos puedan sacar alguna utilidad de un encierro en lugares malsanos, en que lo primero que falta es

oxígeno y lo segundo sano candor, ese oxígeno de las primeras auroras que tan pronto se acaba.

Esto es lo que se refiere á los niños pequeños; los niños grandes tienen ya su teatro—todo el teatro—, porque el arte dramático es algo infantil. De Guignol á Shakespeare no hay más que media vuelta de atornillador, y es ya menester mucha buena fe por parte del público para sentir la emoción estética ante bosques de trapo, casas de cartulina, héroes á quienes hemos convidado á *vermouth* y conflictos que ya de antemano sabemos que habrán de acabar en nonada. Únicamente el autor de *Los intereses creados*, Bernard Shaw y tal vez D'Annunzio, son capaces de convencer con su arte exquisito la anticipada desilusión de los públicos, harto observadores de la realidad para dejarse subyugar por sus espejismos artificiosos.

Georgette Leblanc lo ha comprendido y ha buscado recientemente un consorcio asombroso de la realidad y del arte, ofreciendo á unos cuantos dichosos amigos una representación pasmosa de *Macbeth* en el castillo de Mæterlinck, en Saint-Vaudrille. Un verdadero bosque ha oído á las brujas augurar la dominación al ambicioso caudillo; salas sombrías, corredores de angosturas medrosas han visto rodar la corona del asesino sobre las losas ensangrentadas, mientras la luz de las antorchas ha hecho agigantarse las negras siluetas de los guerreros. El salón del banquete se ha ornado con los viejos tapices, de los cuales ha parecido destacarse la sombra fatídica de Banquo. Aun la selva ha parecido avanzar á la luz de la luna para cumplir el pavoroso y lúgubre vaticinio. Los espectadores han sentido erizarse sus cabellos y correr por su frente el sudor. Pero allí, que se sepa, no había niños. Era demasiado temprano para

marchitar con el horror de la vida el sueño azulado de su esperanza.

¿Qué ofrecemos á los niños en el escenario? ¿Pasiones? Su comprensión temprana puede serles mortal. ¿Maravillas? De lo maravilloso padecemos, de lo sobrenatural, de lo que nos aleja del ritmo sereno de vida, de lo dislocado y lo falso. Tal vez nada ha hecho tanto daño á la niñez como Aladino, el gato con botas y las fábulas con moraleja. ¿Queremos presentarles la magnificencia de la Naturaleza en su plenitud? Llevémosles desde luego al aire libre; pero allí sobra el libro y la música; y aun sobran también los actores, que deben ser los mismos niños, con su alegre espontaneidad.

Desgraciadamente, ya tenemos círculos y ateneos infantiles, y batallones escolares, y pequeños gimnastas, y diminutos congregantes, y pianistas, y recitadores prodigiosos. Lo que no tenemos son niños que jueguen y rían. Esto se va acabando, gracias á la monstruosa precocidad, que pide á la humanidad frutos demasiado tempranos.

Pero dejemos siquiera al niño su propio escenario, que es la Naturaleza, y hagamos por que al llegar la noche no pueda ver sino una incomparable primera actriz: la madre, quien después de depositarle en su cuna, y antes de retirarse de puntillas, deposite en sus mejillas rosadas un beso.

Muñecas

Fué una felicidad, en sentir de Anatolio France, que el genio que dió á las muñecas su bella sonrisa les negase el habla; de otra suerte—escribe el sublime cronista—no se oiría más que á ellas.

Sería, sin embargo, muy interesante escuchar á una de esas mujercitas de cartón y escayola, y condensar sus impresiones primeras en un pequeño libro, tan pequeño como el *Kempis*, el *Viaje sentimental* de Sterne ó la *Excursión nocturna* de Maistre, que pudiera muy bien titularse *El mundo contemplado á través del cristal de un escaparate*.

La superficie más ó menos tersa y pulimentada de una vitrina no habría de desfigurar los seres y las cosas más de lo que las difuma una creencia, un temperamento ó un estado de ánimo, y todos, cuando contemplamos el universo, tenemos ante las pupilas un cristal de esta clase. Acostada sobre sus blondas, la muñeca podría acaso juzgar con harta mayor imparcialidad que nosotros, reclinados en nuestros sistemas metafísicos ó sociológicos. Y en todo caso, un error más no perturbaría el admirable caos de nuestros prejuicios.

Tal vez la gentil figurilla creería que sus almodones de raso eran el centro de la creación, ni más ni menos que nosotros pensamos en nuestra candidez geocéntrica que la tierra es el más importante de los astros; acaso juzgaría que ella era el principal personaje en la universal epopeya, disculpable antropomorfismo para nosotros los humanos, que hemos ideado las causas finales para justificar nuestras ambiciones y vanaglorias.

Y al juzgar á hombres y mujeres, podía ser clarividente. Ante el escaparate, el gesto es sincero. No disimula el voraz su codicia, ni el enfermo su repugnancia, ni el poderoso su satisfacción, ni el pobre su tristeza. Al ver á la muñeca, una sonrisa escéptica denunciará al frívolo, al desengañado y al misántropo; una risa franca al triunfador gozoso, y una mirada persistente é inquisitiva al cerebro analítico. Y sobre el obscuro fondo de

la calle, sumida en tinieblas, se destacará rostro tras rostro, iluminado por las luces del escaparate, con su peculiar expresión de soberbia ó lujuria, de envidia ó recelo, de dolor ó de incuria.

Si una muñeca, la más linda, la más tiernamente seductora, encontrase un doctor Copelius... resplandecerían sus ojos, sus mejillas se colorearían, se agitarían levemente sus labios, se incorporaría en su caja de Bristol, alisaría sus rubios cabellos, compondría frente á un espejo los desaliños de sus blondas y echaría á andar erguida y sonriente. Muy pronto, un hombre la miraría apasionado y expondría vida y fortuna por beber en sus ojos la seducción, oprimir á la mujercita en sus brazos y perderse con ella en los torbellinos de un vals sollozante, sin pensar en que un día, al llamar á su corazón, encontraría un resorte mecánico y en su cerebro un horrible vacío. ¡Qué terrible y qué frío entonces el despertar para la infeliz víctima; qué angustia en sus ojos, y en los labios de la muñeca qué sonrisa tan muerta y tan baladí!

Y seguiría erguida, orgullosa, con su marcha automática, contenta de confundirse con las mujeres de carne y hueso, y regocijada no pocas veces de encontrarse entre compañeras...

Linajes

Los rumores que hoy pueden recoger los cronistas no son del arroyo, aunque lo parecen: son de coto cerrado, salón y *boudoir*. De nobles linajes cuéntanse groseras hazañas que, ciertas ó no, se alongan hartó de sus prestigios y abolenos. Varios próceres, en una reciente excursión

venatoria, han dado muerte á un corzo indefenso, no con puñal y á pecho descubierto, como Favila á los osos, sino á estacazos y al modo yangüés. Una empingorotada aristócrata ha sido despojada de sus vestiduras y aporreada, ni más ni menos que la pestífera Maritornes. De un heredero de cien blasones, que acuartela su escudo con castillos en fondo de gules y leones rampantes en campo de azul, cuéntanse, quizá sin fundamento, no menores truhanerías y desenfados.

«Hágotte saber, Sancho—decía el hidalgo inmortal—, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores; de manera que está la diferencia en que unos fueron y ya no son, y otros son, ya que antes no fueron.»

Ciertamente, no todos podemos tener por abuelos, como Racine, al padre y á la madre de los dioses, ó como el inmortal poeta Zorrilla, á una alondra y un ruiseñor. Pero está en nuestras manos honrarlos. Si no descendemos de un Vasco Martínez de Pimentel, de un Téllez Girón, un Moncada, un Guzmán ó un Portocarrero, sino de un discreto galán ó un pajecillo barbilucio, bien podemos enaltecer su estirpe y hacernos dignos de su progenie. Podremos en todo caso evitar ser increpados como el hidalgo trapacero de *La verdad sospechosa*:

¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?

Morny, Caramán-Chimay, Sajonia... No hay apellido que no se halle expuesto á ser mancillado, por ilustre que sea. ¿Por qué, pues, hemos de cifrar nuestro orgullo en unas cuantas sílabas, en un vano sonido que acaba por desvanecerse en noche perdurable, como en el Sueño de Escipión? ¡Oh, humilde obscuridad ancestral, hereditaria humanidad y laceria! Bien hallados tus cuarteles de menesteres rústicos, tus tradiciones toscas y sencillas, que conservan el vaho vivificador del terruño. Tú nos enseñaste á conquistar la nobleza y á imprimirla en nuestro corazón como un símbolo. Tú no acabarás en nonada, porque eres linaje de labor y de esfuerzo, pirámide que se ensancha cada vez más, porque tiene á todo el universo por casa solariega y á todos los hombres por hermanos.

El Redentor

Un alma solitaria, que es fuente sellada de exquisiteces—Martínez Sierra—, hizo el elogio de Rusiñol. Vaya hasta el vate catalán nuestra pobre adhesión entusiasta. Vaya también nuestra protesta contra la tesis desconsolada y misántropa que en *El Redentor* ha encarnado sabiamente Borrás. Luchar por los hombres será amargo y penoso, pero nunca estéril; partir con ellos el pan ácimo de la idealidad, podrá ser sacrificio, jamás temeraria labor. Quien redime, llora, padece y muere; pero nunca está solo.

Y es más: cuando juzga adelantarse á su tiempo y señalar á las generaciones rumbos desconocidos ó ignorados, no hace tal vez sino condensar en una suprema y bella síntesis lo que á su alrededor vive

y palpita. Es el orgullo humano el que nos inspira la idea de que en todas las cumbres está la soledad; es la incomprensión que inspira la soberbia la que nubla nuestras pupilas y nos impide ver las almas gemelas. Hay una ley de persistencia del pensamiento, como existe de la energía atómica. Nada se pierde ni se aniquila; pero, en absoluto, nada se crea.

Cuando pensamos proyectar nuestra luz interior sobre las más densas tinieblas, no sabemos que es de ellas de donde hemos sacado los destellos más deslumbradores. He aquí el error de Rusiñol, como lo es el de no pocos dramaturgos. Imaginan un personaje abstracto, especie de simpático monstruo de inteligencia y de sublimidad, y agrupan en torno suyo masas apenas dibujadas, personajes de escasa complejidad, incomprendidos casi siempre, cruelmente inconscientes, sin bondad ni maldad, gentes que viven porque viven y que no le piden al vivir más que la acostumbrada suma de convencionalismos y comodidades; espíritus rudimentarios, á quienes tanto asustan las negociaciones como las afirmaciones, y que nunca han soñado el tormento de dudar...

Tal era el arte en tiempos de Esquilo. Tenía su antropomorfismo toda grandeza. El héroe estaba solo, y cuando él rugía ó sollozaba, se oía á lo lejos la indiferente modulación de la flauta de los coribantes. Hoy, al *cognitio rei* ha sucedido el estudio del medio—*cognitio circa rem*—. Shakespeare inició el drama real, en que los hombres hablan, no como albedríos libres y aislados, sino como seres que comparten con otros ideas é instintos. En sus obras, como en la tetralogía wagneriana, la voz del protagonista apenas se escucha; la voz del universo lo es todo; modula, y á las veces atruena.

Solos... No lo están jamás, como no sea en las viejas romanzas de *La Favorita*. Sigfredo jamás está solo. Le acompañan los genios, las deidades, la Naturaleza, los hombres. Si Cristo hubiera estado solo, el drama del Calvario hubiese terminado en el Gólgota. Pero con El estaba toda la antigua civilización oriental, que cuidó de estudiar muy bien el sentir de los sabios de su tiempo, las aspiraciones inconcretas de millones de cerebros presentes y futuros. Por eso, lejos de renegar de su estulticia, llamó á los hombres sus hermanos.

En busca de amor y compenetración, vamos de afecto en amistad, clamando y pidiendo por la llaga inefable, por la herida que junta los corazones, por el derramamiento de sangre que amase nuestra sangre con el barro hermano y enemigo. Y no vemos que á nuestro lado, callado y silencioso, pasa el venero transparente, que pudiera refrescar nuestras fauces sedientas, y la ráfaga que pudiera tonificar nuestras sienas febriles. Cuando decimos que estamos solos, lo que confesamos implícitamente es que no comprendemos el universo que nos rodea.

Casi todos los redentores se juzgan de estirpe divina; sublimes, solitarios, y por eso no se hacen adorar, y por eso su labor caduca en el tiempo. Más humildes los hombres de hoy, saben que no pueden hacer sino cooperar á una gran labor colectiva; que su inteligencia, su voluntad, y aun su enamoramiento de las cosas grandes, dependen del medio, y que es supina candidez esperar un Mesías, porque sólo hay un redentor: «Todo el mundo.»

El crimen de Juan Ropero

La Cárcel Modelo guarda en su seno á un gran criminal: hubo en su acción las agravantes de premeditación y alevosía; así, la ley ha de ser severa é inflexible los juzgadores.

Figuraos que, antes de decidirse á la comisión del delito, el culpable meditó largo rato. Más de una hora estuvo rondando las puertas de una bien oliente hostería; la insistencia de aquel hombre demacrado y escuálido en mirar las viandas apetitosas de las vitrinas, debió llamar la atención del patrón; pero el curioso se alejaba, para tornar de nuevo á husmear y mirar el escaparate con ojos codiciosos. Al cabo de una hora se decidió: entró en el fondín y pidió un humilde guisado de dos reales.

Lo devoró con ansia, y una vez que sació su voraz apetito, con las lágrimas en los ojos confesó que no podía pagar el gasto y que sólo el hambre que le trituraba le había obligado á consumir el frugal refrigerio.

Indignóse el honrado hostelero, clamó al cielo por sus dos reales; acudieron los guardias y llevaron al juzgado de guardia al culpable del atroz atentado al sagrado derecho de propiedad.

Horas después, otro hombré, llamado no se sabe cómo, entró en un solar, se recostó contra unos maderos, y allí, incapaz de arrestos y rebeliones, se dejó morir de hambre, de pesadumbre y de frío.

¿Creeréis que las simpatías del cronista están desde luego de parte del anónimo? Os equivocáis: son para Ropero. No basta ser honrado: hay que

ser activo; dejarse morir de hambre, es merecerlo; rebelarse contra el aniquilamiento, es conquistar y merecer la vida.

Todo hombre tiene un inmanente derecho á lo estrictamente necesario. Fijémonos en que Ropero no consumió sino el manjar que halló más barato; ni una sola corteza de queso, ni una sola botella de vino. Se limitó á apaciguar el hambre. Magnaud le absolvería; sobrio y prudente como un espartano, no hizo el mal sino dentro de aquellos límites que le impuso la Naturaleza implacable.

El, como los primitivos aborígenes, hubiera aprehendido en el monte una presa ó alcanzado el fruto de un árbol, pero los hombres han acotado montes y huertos; él hubiera trocado su trabajo por un trozo de pan, pero la civilización ha suplido los brazos con las máquinas; él hubiérase mostrado propicio á enajenarse esclavo, pero las leyes han suprimido la esclavitud, dejando en su lugar la miseria y el abandono. No tuvo sino escoger entre apoderarse del misero condumio ó morir; eligió lo primero y lesionó al hostelero en dos reales. Fué el suyo, en esta sociedad injusta y solapada, el robo más pequeño de aquel día.

Ha dicho Rousseau que un ejército de devotos sería una legión de seres inútiles, vencidos de antemano por la resignación y la flojedad. Una nación en que el pueblo se deja morir como el hombre del solar, no puede aspirar ni á la grandeza ni al ajeno respeto.

Pero un pueblo en que todos los hombres fueran tan sobrios, tan respetuosos con el ajeno bien, y al mismo tiempo tan decididos á reclamar su derecho á la vida como lo fué Ropero, conquistaría muy pronto el porvenir. Primero, la dignidad humana que obliga á esperar al último trance; luego, lo es,

trictamente necesario para no sucumbir; después, dominando pasiones é instintos, que á tantos hacen siervos de lo superfluo, ni una migaja más.

Indagadoras

Todas las tardes, una fila de carruajes de troncos engallados, cajas de resplandeciente barniz y servidores de pulquérrima y blasonada librea, espera en alineado cortejo á la puerta de los recintos conventuales. Es la hora, sin duda, en que las mundanas aristócratas sienten la nostalgia de las cosas reverentes y místicas, y acuden á los locutorios á saber de sensaciones inefables y éxtasis ignorados, de labios de sus hermanas en Jesús.

Ha de ser bien extraña la entrevista de unas y otras mujeres, á quienes separa únicamente una celosía, pero á las cuales parece alejar toda una cortadura á cercén en la vida y el pensamiento. Las mujeres de carnes limpias y perfumadas, acariciadas por encajes tenues como pétalos, envueltas en blondas y tocadas de sedosos plumajes, se preguntarán cómo son las otras almas femeninas que se ocultan tras de los rostros marfileños, semi-extáticos, de los párpados azulados y temblorosos que velan el intenso fulgor de las negras pupilas insondables.

Y ellas, las elegidas, las desposadas con la abstracción y el rito, mirarán ávidas de curiosidad é interés á sus visitantes de espléndido y sensual atavío, y aspirarán el perfume que de ellas se desprende como una emanación tentadora del triunfo carnal. Y acaso, á sus ojos, en que dejó el insomnio sus huellas, asomará un relámpago fugitivo de

ambición femenina, que se eclipsará al punto para que le sustituya, como signo de contrición, una mirada apagada y doliente.

La conversación sin duda es banal: los rezos, las prácticas, la salud de los allegados, las labores interminables, y luego la esperanza en la vida futura, la visión luminosa de la dulce Sión. Pero el pensamiento no está en las palabras, sino en las miradas escrutadoras, que se clavan como saetas, buscando, fiscalizadoras, en los semblantes un leve signo que denuncie el tributo irremisible pagado á la Naturaleza tiránica, la pasión sensual, el secreto triunfo de la carne rebelde. Se habla entre líneas, escudriñando los pliegues de los pulcros ropajes, para sorprender en ellos la más nimia presión ó contacto, buscando en los muebles de la celda, y aun en los mismos suelos desnudos, un signo olvidado delator. Todo se sobrentiende, y una curiosidad malsana quiere establecer la línea imperceptible que separa lo ficticio y lo real, y lo racional de lo absurdo. Bastaría una palabra imprudente para que asomase á los ojos la ira en llamaradas, al mirar descubierta la honda agitación interior. Sería suficiente la voz indiscreta de un hombre para que, por el más sereno semblante, se extendiese la palidez. ¡Oh, misterio del alma femenina! Pocos saben de ti, porque tu estudio, como el de los gérmenes sin cultivo, es mortal.

Cuando tiende su sombra el crepúsculo, suena acaso la queja de una campana, se oye rumor de rezos, cuchicheos semiimperceptibles y las amigas se separan. «¡Pobres mujeres!», dicen las unas, mientras el lacayo, en actitud rígida y el sombrero en la mano, espera á que recojan pudibundamente la falda para apoyar el diminuto pie en el estribo. «¡Pobres mujeres!», murmuran las otras, mientras

se pierden como sombras á lo largo del claustro. Y un portón se cierra y un cerrojo se corre, y en-vuelto en las tinieblas el eterno femenino sonríe.

El tercer óboe

La situación de una compañía que, á consecuencia de un incendio, halla su capital mermado en más de millón y medio de pesetas, no es muy envidiable. Decido, sin embargo, y veréis surgir la protesta. Los gerentes dirán que jamás el crédito de la sociedad regular, colectiva ó comanditaria, se encontró tan seguro, que el estado de sus cajas es próspero y que su buen funcionamiento no se alterará por el impensado accidente. Tal es la fuerza prodigiosa de la moderna industria. Así, ante la pérdida de una empresa, no sabemos si envidiar ó compadecer.

No ocurre lo propio á algunas de las trescientas personas que después del incendio se quedan sin trabajo. Estas confiesan por doquiera su desventura. Para algunas, la catástrofe significa la miseria y el hambre. De ellas no se vuelve á hablar más. Un desconocido que sucumbe á la adversidad es una víctima nueva entre tantas del azar ó del crimen. Habría de ser nuestra memoria como la de aquel soldado de Jerjes, quien sabía de coro los nombres de diez mil legionarios, para que se acordara de los vencidos en el rudo combate que libra á diario el trabajo con el infortunio.

¿Quién se acordará, por ejemplo, del tercer óboe? Era un señor bajito y extenuado, de rostro pajizo y macilento, acabado en una blanca y temblorosa perilla. Todas las noches surgía como un

gnomo por la puertecilla del foso y ocupaba resignado su lugar en la orquesta. Adosado á las tablas, hundido en la zanja, privado de la contemplación del proscenio, acariciaba con amor su instrumento, amigo inseparable durante tres décadas de penaldades y sacrificios. Seguramente alguna vez faltó en el hogar lo más preciso, y el músico pensó en empeñar la adorada alhaja. Pero el instrumento era el pan cotidiano, y allí quedó en el desnudo za-quizamí, sobre las arrugadas *particellas*, callado y triste como su dueño, en espera de tiempos mejores en que poder lanzar sus melódicos sonos dulcísimos, que tienen algo de zampona galaica y de gaita irlandesa, de suspiro y quejido, de salmodia y de evocación.

Yo he admirado profundamente á ese hombrecillo tenue, abstraído en no sé qué ignotas meditaciones. A veces el director ha golpeado la hojalata con la batuta. El músico ha seguido distraído, y el maestro le ha dicho con voz algo dura: «A ver, señor Pérez, si vamos á bajar de la luna.»

Y el hombrezuelo ha bajado de la luna en seguida y se ha puesto á soplar furiosamente en su boquilla de madera, y á agitar nerviosamente los dedos, pensando acaso en sus ignoradas desdichas, como el gaitero de la dolora. Alguna vez ha frunciendo el ceño, escuchando la ovación prodigiosa á la tiple ó al barba, pensando en que jamás el aplauso sería para él.

Acaso una sola vez en su vida, sustituyendo á sus compañeros enfermos, hubo de modular un solo con tal expresión y dulzura, que de las alturas del paraíso salió un ¡bravo! rotundo. Pérez miró hacia arriba, con una expresión de beatitud y de agradecimiento infinitos. De seguro, al siguiente día, al sentarse á la mesa con los niños anémicos para